
RECENSIÓN



GARRIDO, V. (2024). *EL PSICÓPATA INTEGRADO*.
BARCELONA: ARIEL

Francisco Pérez-Fernández
ORCID ID: 0000-0002-3039-2397

Facultad HM de Ciencias de la Salud de la Universidad Camilo José Cela

Email: fperez@ucjc.edu

“Al infierno se va por atajos, jeringas, recetas.”

Barbi Superestar
Joaquín Sabina



Imagina que vas a casarte en breve. Estás enamorado/a de esa persona, sin duda, pero hay algo en ella que no termina de convencerte, a la par que te induce a plantearte dudas con respecto al futuro del matrimonio. Tiene cambios de humor intempestivos durante los que puede faltarte al respeto sin necesidad. A veces se muestra especialmente agresivo/a sin un motivo claro. Solo parece feliz cuando se hace lo que él/ella quiere o cuando percibe que te sometes de forma más o menos nítida a sus deseos y maneja las situaciones... Ello te suscita inquietudes. ¿Qué harás? ¿Conoces lo suficiente a esa persona como para adoptar una decisión tan trascendente?

Supón ahora que estás seleccionando personal para tu empresa -o para un tercero que ha contratado tus servicios-. No sabes mucho de

psicopatología -claro- y tienes sobre la mesa el currículum de dos personas que dan la talla para el puesto. Pero, tras la última entrevista, no lo tienes claro. Uno de ellos ofrece el aspecto general de ser “más parado”. Conoce bien el trabajo, tiene buenas referencias y sabes que será un buen trabajador, pero te parece poco ambicioso y no estás seguro de si “dará la talla” en contextos de presión. La otra persona es encantadora, atrevida, ambiciosa, habla constantemente de sí misma, de sus logros, de lo que va a hacer para que la empresa crezca y tiene proyectos sin límite, aunque sus referencias son algo inconcretas. Sin embargo, el problema general con ella es que te parece demasiado “echada para adelante”, un poco egocéntrica y quizá demasiado motivada... ¿A cuál de ambas contratarás finalmente? ¿Sabes lo necesario de ellas para otorgarles el timón de una parte muy importante del negocio?

Pongámonos en el supuesto de que mañana serán las elecciones generales. El país tiene problemas más o menos graves que resolver -siempre los hay y eso no va a cambiar ni ahora, ni nunca-. Eres un votante indeciso, de esos que no sólo funcionan por veleidades ideológicas, sino que evalúan la gestión y se toman su deber ciudadano muy en serio. Encuentras que las dos personas que capitanean partidos con opciones reales de gobierno, y que por tanto presidirían el ejecutivo, tienen cosas que te atraen, pero también otras que no te convencen. Así que no tienes claro el sentido de tu voto. Una de las personas alternativas tiene un discurso fácil y fluido, muy comprensible, de manera es capaz de expresar soluciones muy sencillas a problemas hartamente complicados. Contacta bien con el público. Es conocido que a veces ha echado alguna mentirijilla y también que ha tenido algunas relaciones “dudosas” que le dieron algún que otro dolor de cabeza con las Autoridades. Pero también parece una persona fuerte, decidida, con un proyecto claro, que llevará esto con timón firme, que da la impresión de querer cambiar las cosas de veras y que, además, sabe decir lo que te gusta escuchar. La otra persona en discordia está bien formada, tiene experiencias previas de gobierno y es confiable si se tiene en cuenta lo que ha venido haciendo en otras administraciones. Sin embargo, su obsesión por el diálogo y la negociación la hace parecer menos aguerrida y “valiente”, más reflexiva, de suerte que a veces se pierde en profundidades discursivas que no sabes bien hacia dónde van. No ofrece soluciones del todo claras a los problemas, pero es capaz de transmitir la complejidad y trascendencia para el país de éstos. Llama menos la atención y trata de atenerse a los hechos, lo cual a veces lo torna un candidato/a indeciso, dubitativo. Sin embargo, por el perfil del personaje, tienes claro que es una persona experimentada, por lo que podría hacerlo bien si se le diera la oportunidad... ¿Qué harás? ¿A quién otorgarás tu voto y, por tanto, harás depositario del poder por los próximos cuatro años?

Estos tres escenarios, que refieren tres tomas de decisión trascendentales para nuestra propia existencia, pero que toman en consideración a terceros a los que

otorgaremos una buena cuota de poder, no son raras en nuestras vidas. Todos y todas hemos tenido que enfrentarnos a este tipo de árboles de decisión en diferentes momentos y, tras seleccionar una u otra opción, a la inmensa mayoría las cosas han podido irnos mejor o peor, pero siempre sin estridencias. Por eso la vida nos marcha. Pero siempre cabe preguntarse qué podría haber ocurrido si aquel día que negociaste la hipoteca, aquella vez que te viste en la necesidad de quedar con una persona desconocida, la tarde que conociste a tu actual pareja, aquella ocasión en la que contrataste un abogado o el día en que cambiaste de trabajo te hubiera tocado lidiar con un -o una- psicópata. No es habitual, por suerte, pero hay gente a la que esto le ocurre con consecuencias devastadoras para su vida. A veces tan tremendas que ya nunca logran recuperarse del todo de aquel golpe económico, de aquel desastre moral, de esa tragedia personal.

El -o la- psicópata, aceptemos sin mayor debate esta denominación genérica y eludamos discusiones semánticas poco productivas, es un peligro. De ello no cabe duda, aunque -alarmismos fuera- no se han de sobreestimar ni su potencial, ni su cantidad. Ni todas las personas maliciosas son psicópatas, ni tampoco lo son todas aquellas que cometen actos malvados o provocan perjuicios a otros, pese a que el uso de la etiqueta se haya visto tan vulgarizado que se aplique indiscriminadamente a todas horas y en todas partes, llegando a servir, ocasionalmente, incluso como potencial insulto. Para ser precisos, ni tan siquiera está del todo claro que la psicopatía sea una enfermedad y por ello no opera como atenuante ante la justicia. Ya puestos, de hecho, y como bien saben los especialistas forenses y penitenciarios, la gran mayoría de las personas que cumplen condenas en nuestras prisiones no son diagnosticables de psicopatía. Incluso se pueden tener algunos rasgos de personalidad psicopáticos y ello no tiene por qué redundar en un problema generalizado si se entienden, se conocen, se manejan y se filtran a través de un entorno controlado. Lo cierto es que la psicopatía es un problema que afectaría, siendo rigurosos, a entre un 1% y un 2% de la población general.

Pero es un peligro creciente en nuestras sociedades tanto por los nuevos formatos psicoeducativos laxos e infantiles en los que crecen niños y jóvenes, que les inducen a vivir en una permanente confusión de sus deseos con la realidad, como por el individualismo egocéntrico y narcisista que, fomentado por la extensión invasiva de los formatos de comunicación digitales, se está imponiendo en todos los eventos de la vida pública, al punto de que la mayoría de la gente ya hasta camina por la calle -o conduce por las carreteras- como si el resto de los transeúntes -o de los conductores- no existieran. Incluso el devenir de muchas dinámicas empresariales parece fomentar las actitudes psicopáticas hecho que, contrariamente a lo que presuponen los directivos que así se conducen, es un completo error, pues nada bueno puede esperarse de una persona que, como el psicópata, solo piensa a todas

horas en sus propios deseos, necesidades e intereses personales. Lo cierto es que, así las cosas, la inmensa mayoría de los -y las- psicópatas son personas integradas, que podrían no tener jamás problemas con la justicia, que actúan eludiendo posibles denuncias, que se las ingenian para encontrar los ángulos oscuros del sistema para operar y que van provocando daños a sus hijos e hijas, parejas, familias, amigos, colectivos, empresas, pueblos e incluso a los estados que sin pestañear cuando logran auparse a una posición desde la que pueden ejercer algún poder (que es su auténtica obsesión). De ellos -y ellas, aunque sean menos- nos habla Vicente Garrido (Valencia, 1958) en el libro que encabeza estas líneas. Y lo hace con una prosa clara, accesible y destinada a la consecución de un fin perfectamente definido y muy necesario en los tiempos que corren: enseñar a detectarlos, reconocerlos y anticiparlos.

El libro que aquí se recensiona, escrito en un estilo muy concreto y accesible, cuenta con una presentación y una iconografía de gran calidad, dividiéndose de tres partes que se desgranar a lo largo de una breve introducción, seis capítulos y un epílogo. El diseño de este esquema no es casual, pues sigue escrupulosamente el criterio terapéutico estándar: análisis y detección, evaluación y diagnóstico, terapéutica y pronóstico. De tal modo, se ofrece una descripción precisa de las características generales del psicópata (ya genérico, ya en sus tipos) y se aborda finalmente el problema del psicópata integrado.

El texto, paso a paso y al hilo de ejemplos perfectamente documentados, muestra cómo detectar a los potenciales psicópatas de entre quienes nos rodean con una precisa descripción -apoyada en el relato de casos- de sus manifestaciones en diferentes ámbitos de la vida pública y privada. Finalmente, y como gran corolario general a la obra, se dota al lector potencial de herramientas para combatir su acoso en diferentes contextos, o bien para sobreponerse a los daños que haya podido ocasionarle el encuentro con él. Para este último fin, y ahondando en el criterio de accesibilidad a todos los públicos que impera rigurosamente a lo largo y ancho del texto, Vicente Garrido se ayuda de las líneas centrales de la logoterapia, escuela terapéutica propuesta mediado el siglo pasado por el psiquiatra, neurólogo y pensador austriaco Viktor Frankl (1905-1997). Un hombre que, dicho sea de paso, tras sobrevivir a la terrible experiencia de los campos de exterminio nazis, sabía bastante de lo que era no solo entenderse con psicópatas en grado diverso, sino también enfrentarse con éxito a un modelo existencial psicopático en sí mismo.

Esta elección está claramente meditada y resulta a la postre profundamente acertada. En un tiempo en el que se vive un terrible y ominoso ascenso de los populismos y de los autoritarismos, tendencias sociopolíticas necesariamente vinculadas a rasgos psicopáticos y anti humanistas, tanto en sus fundamentos y propuestas de partida, como en sus manifestaciones ejecutivas, recuperar la reflexión

enmarcada en obras gestadas a raíz de las grandes tragedias sociopolíticas del siglo XX, como *El hombre en busca de sentido* (Frankl), e incluso *Rebelión en la granja* (George Orwell, 1903-1950), se torna una tarea absolutamente necesaria. Buena idea sería que en nuestros centros de enseñanza media se incentivara la lectura y discusión de esta clase de libros que el escenario educativo disperso del presente, acorralado por todo tipo de exigencias que no debieran ser de su competencia, perseguido por los fantasmas de la infradotación y la infrafinanciación, elude absorto en sus esfuerzos por sobrevivir a la vorágine. Un propósito el de Garrido que ha de aplaudirse, pues es hoy más imprescindible que nunca, precisamente porque la información falsa, los negacionismos y la “conspiranoia” son monstruos que nos asolan constantemente, mantenerse vigilantes y generar contramedidas ante la inevitable trampa dialéctica de potenciales tiranos, manipuladores, tramposos y, en fin, psicópatas: se ha de entender que no siempre es más humano quien más clama por la Humanidad, ni quiere más libertad para todos y todas quien más la exige, del mismo modo que tampoco se podrá convertir nuestras vidas en mejores mediante la persecución y criminalización de otros. Tal y como lo expresa el autor:

“Destaca en [los políticos populistas y autoritarios] una serie de características, si bien, como es lógico, no todos ellos las comparten en el mismo grado o de la misma manera: el culto a la personalidad; su facilidad para conectar con el ciudadano corriente (algo muy facilitado por el desarrollo de las redes sociales); su desprecio por los medios de información independientes, así como por las leyes y la independencia judicial; el uso de mensajes simples para resolver problemas complejos (como construir un muro para acabar con el problema de la emigración, ‘acabar con la casta’ para que exista una ‘verdadera democracia’ o aplicar el Brexit para resolver todos los problemas del Reino Unido) y acusar al ‘estado profundo’ (entiéndase, aquellos que realmente ‘manejan los hilos’) de sabotear sus esfuerzos. En resumen, [Gideon] Rachman [n. 1963] define al populismo-autoritarismo como ‘un estilo político que desdeña a las élites y a los expertos y venera la sabiduría y los instintos del hombre común’ (p. 173).

Uno de los aspectos más destacables del libro, y merece especial mención, es el formato de transmisión adoptado por quien lo escribe, pues lo convierte en un texto que cuenta con la magia de “lo sencillo”, que no de “lo fácil”. En lugar de emplear el tópico sistema de divulgación en tercera persona que es tan común en esta clase de textos, y que a menudo ofrece a quien lee la desagradable impresión de que se le alecciona, Garrido opta por un estilo personal, directo, conversacional, mediante el que “nos habla”, “nos cuenta” e invita a reflexionar -e incluso a responder y respondernos- en torno a aquello que se explica. Esta búsqueda incesante de la complicidad del lector motiva que todo el armazón introductorio, técnico, conceptual

y explicativo del libro, destinado a un “hacerse cargo” con precisión y rigor de aquello de lo que se nos habla, resulte agradable, pacífico, poco intrusivo, de suerte que en apenas 50 páginas de amable repaso teórico parece relativamente fácil hacerse una idea general correcta, actualizada, rigurosa y coherente de lo que es -o no es- un psicópata. Y no es poca cosa.

Entendiendo que el interés de este libro no es ser manual, sino guía, Vicente Garrido se aleja de conflictos escolásticos o debates científicos de mayor o menor interés en la misma medida que no nos pontifica -ni lo pretende- sobre la psicopatía, sino que la explica y la razona para tornarla “comprensible” y generar con ello claves de acceso, análisis y neutralización. A tal fin se sirve, por cierto, de un excelente y detallado elenco de gráficos, tablas, figuras y ejemplos-caso que aquilatan y encuadran perfectamente aquello de lo que se habla en cada momento. Así, el libro puede obrar tanto como texto introductorio para neófitos, servir de elemento de entendimiento y gestión para legos, e incluso valer de anotación o guía de repaso rápido para profesionales. Por lo demás, complementariamente, al final se ofrece una guía de referencias bibliográficas que no solo sirven al riguroso precepto académico de mostrar de dónde ha salido la información general que se ofrece, sino que también ayudará a la persona interesada a profundizar para seguir adelante con sus indagaciones, si es que las precisara.

Con todo, y frente a los discursos apocalípticos tan de moda en los tiempos que corren (por algo será), si hay una cosa que Vicente Garrido nos deja clara a lo largo de este precioso libro es que hay remedios. El primero de ellos es no sobreestimar el potencial del -o la- psicópata. No debe haber lugar para el miedo, sino espacio para la reflexión y la acción, pues nadie está inerme frente a la acción del psicópata integrado del mismo modo que -recordemos a Frankl- tampoco lo está para la vida por muy dura que sea y por muy cuesta arriba que se ponga. De hecho, ni los psicópatas son tan inteligentes como se nos cuenta en novelas, películas y series, ni son omniscientes, ni tienen la capacidad de leernos la mente por muy bien que se manejen en las relaciones sociales superficiales, No es que sepan detectar nuestras carencias y necesidades, es que somos nosotros quienes se las exponemos inadvertidamente. Todo eso del “psicópata pelicularo” es divertido, cierto, pero también fantasioso y falso. Hannibal Lecter, ese malvado casi superpoderoso ideado por el escritor Thomas Harris (n. 1940) es justo lo que es: un personaje de ficción.

El psicópata -integrado, o no- es detectable, reconocible y previsible. De hecho, y así lo muestra claramente Vicente Garrido, cuando se saca al psicópata integrado de su obsesión por el poder y por las posesiones materiales (que persigue porque asocia a lo primero), se trata de personas muy limitadas que tienen problemas para empatizar emocionalmente, que encuentran muchas dificultades para entender

aquellos puntos de vista que los contrarían, que son víctimas de profundas frustraciones en la medida que les cuesta asumir -o diseñar- un proyecto de vida profundo y a largo plazo, que se muestran incapaces de anticipar soluciones constructivas a problemas complejos, que no comprenden las empresas que no les benefician de un modo u otro, que son incapaces de amar y progresar moralmente, que son completamente refractarios al "tú" en la misma medida que en su mundo mental solo existe el "yo"... En definitiva, personalidades a las que cuando se logra salir de la superficialidad de "lo que dicen" y, pasando por "lo que hacen" se consigue alcanzar el fondo de "lo que son", se encuentra lentas, torpes, vacías y tan extremadamente incómodas consigo mismas, como teatrales para con los demás. Consecuencia, señala Garrido: los psicópatas integrados, vengan de donde vengan y sean quienes sean, nos engañarán sólo en la medida que les abramos las puertas, sólo en tanto en cuanto nos dejemos... Y, claro está, nos harán justamente la cantidad de daño que nosotros les permitamos hacernos.

Por eso, frente a unos estilos socioculturales y modos de vida actuales en los que, por lo que parece, esa minoría estable de psicópatas se encuentra cada vez más cómoda y experimenta menos dificultades para medrar, conviene auto examinarse para armarse con las claves defensivas que Vicente Garrido nos desgana en su muy recomendable libro, pues el psicópata siempre buscará -y encontrará- el modo de aprovecharse de las debilidades cognitivas y emocionales que les expongamos. Frente al discurso facilón, estereotipado, hipnótico -manipulador y subyugante- del psicópata integrado, se debe comenzar entendiendo que en la vida nada es fácil, nada es gratis, nada se logra sin esfuerzo, que los deseos no siempre se cumplen y tampoco son derechos y, ante todo, que ningún problema complejo puede resolverse con sencillez.